

—Es sencillo —dijo Jez la noche de la última cacería de su vida—. Vosotros corréis y nosotros os perseguimos. Si os atrapamos, morís. Os daremos tres minutos de ventaja.

El líder de la banda de cabezas rapadas que estaba delante de ella no se movió; tenía un rostro descolorido y ojos de tiburón. Permanecía de pie en tensión, intentando parecer un tipo duro, pero a Jez se le escapaba el leve temblor de los músculos de sus piernas.

Jez le dedicó una sonrisa radiante.

—Elegid una arma —dijo.

Con la punta del pie dio un golpecito al montón que tenía a sus pies. Había gran cantidad de material allí: pistolas, cuchillos, bates de béisbol, incluso unas cuantas lanzas.

—Vamos, coged más de una. Coged tantas como queráis. Yo invito.

Sonó una risita ahogada detrás de ella y Jez efectuó un gesto tajante para detenerla. Volvió a hacerse el silencio. Los dos grupos estaban de pie el uno frente al otro, seis matones cabezas rapadas a un lado y la banda de Jez al otro. Pero la gente de Jez no eran exactamente miembros normales de una banda.

Los ojos del líder de los cabezas rapadas se trasladaron al montón. Luego se abalanzó repentinamente y se alzó con algo en la mano.

Una pistola, por supuesto; ellos siempre elegían pistolas. Ésa en particular resultaba ilegal comprarla en California: una arma semiautomática de asalto de gran calibre. El cabeza rapada la alzó con un veloz movimiento y apuntó directamente a Jez.

Jez echó la cabeza atrás y lanzó una carcajada.

Todo el mundo la miraba con atención... y eso era perfecto. Tenía un aspecto magnífico y lo sabía.

Con los brazos en jarras, la melena roja cayendo por encima de los hombros hasta la espalda, un rostro de líneas delicadas alzado hacia el cielo... ¡sí, resultaba espléndida! Alta, orgullosa, fiera... y muy hermosa. Era Jez Redfern, la cazadora.

Bajó la barbilla y clavó en el líder de la banda sus ojos entre plateados y azules, un color que él no podía haber visto nunca antes, porque ningún humano tenía unos ojos así.

Él no lo captó. No parecía el más espabilado del grupo.

—Persigue esto —dijo, y disparó el arma.

Jez se movió en el último instante. No es que el metal fuese a herirla de gravedad al atravesarle el pecho, pero podría haberla derribado hacia atrás y eso era lo último que deseaba. Acababa de relevar a Morgead en el liderazgo de la banda, y no quería mostrar ninguna debilidad.

La bala le atravesó el brazo izquierdo, con una pequeña explosión de sangre y un agudo ramalazo de dolor al fracturar el hueso antes de seguir adelante. Jez entrecerró los ojos, pero mantuvo la sonrisa.

Entonces echó una ojeada al brazo y perdió la sonrisa, que reemplazó por un siseo. No había tenido en cuenta los daños en la manga. Ahora había un agujero ensangrentado en ella. ¿Por qué no pensaba nunca en esas cosas?

—¿Sabes lo que cuesta el cuero? ¿Sabes lo que vale una chaqueta como ésta? —Avanzó hacia el cabeza rapada.

Éste pestañeaba y parecía en otro mundo, incapaz de entender cómo se había movido ella tan de prisa y por qué no aullaba de dolor. Apuntó con la pistola y volvió a disparar una y otra vez, cada vez más frenéticamente.

Jez esquivó los proyectiles. No quería más agujeros. Su brazo estaba sanando ya, la herida se cerraba y la piel volvía a regenerarse, pero por desgracia la chaqueta no podía hacer lo mismo. Alcanzó al cabeza rapada sin recibir ningún otro impacto de bala y lo agarró por la solapa de la cazadora de aviador verde y negra del ejército del aire, y lo alzó en el aire con una sola mano, hasta que las punteras de acero de sus botas Doc Marten quedaron unos centímetros por encima del suelo.

—Será mejor que corras, chico —dijo, y luego lo lanzó con fuerza.

Salió despedido por los aires a una distancia notable y rebotó en un árbol. Se levantó gateando, con los ojos desorbitados de terror y la respiración entrecortada. La miró, miró a su banda, luego dio media vuelta y salió corriendo por entre las secuoyas.

Los otros miembros de la banda lo siguieron con la mirada durante un momento antes de abalanzarse sobre el montón de armas. Jez los observó, frunciendo el ceño. Acababan de ver lo efectivas que eran las armas de fuego contra personas como ella y aun así elegían los revólveres, dejando de lado cuchillos de bambú afilado, flechas de tejo y un precioso bastón de colubrina de lo más útiles.

A continuación las cosas se tornaron ruidosas durante un rato cuando los cabezas rapadas se alzaron con las armas y empezaron a disparar. La banda de Jez esquivó con facilidad los proyectiles, pero una voz exasperada sonó en la cabeza de la joven.

*¿Podemos ir tras ellos ahora? ¿O todavía quieres alardear un poco más?*

Dirigió una veloz mirada a su espalda. Morgead Blackthorn tenía diecisiete años, un año más que ella, y era su peor enemigo. Era engreído, impetuoso, obstinado y estaba hambriento de poder...

—Les he dicho tres minutos —respondió en voz alta—. ¿Quieres que incumpla mi palabra?

Y durante ese instante, mientras le gruñía, dejó de controlar la trayectoria de las balas.

Lo siguiente que notó fue cómo Morgead la derribaba sobre la espalda y se quedaba tumbado sobre ella. Algo zumbó por encima de ambos y se incrustó en un árbol, lanzando una lluvia de corteza.

Los ojos verdes como joyas de Morgead descendieron hacia ella con una mirada furiosa.

—Pero... no... están... corriendo —dijo con exagerada paciencia—. Por si no te has dado cuenta.

Estaba demasiado cerca. Tenía las manos a cada lado de su cabeza y el peso de su cuerpo sobre ella. Jez se lo quitó de encima de una fuerte patada, furiosa con él y horrorizada consigo misma.

—Éste es mi juego. Se me ocurrió a mí. ¡Lo jugaremos a mi modo! —aulló.

De todos modos, los cabezas rapadas ya se estaban dispersando, tras advertir por fin que disparar no les serviría de nada. Corrían, abriéndose paso violentamente a través de los helechos.

—¡De acuerdo, ya! —dijo Jez—. Pero el cabecilla es mío.

Hubo un coro de gritos y llamadas a la caza por parte de su banda. Val, el más grandote y siempre el más impaciente, salió corriendo el primero, chillando algo parecido a «¡Yiiiijaaa!». Luego salieron Thistle y Raven, la menuda rubia y la alta mu-

chacha de tez morena, que se mantuvieron juntas como siempre. Pierce se quedó atrás, clavando los fríos ojos en un árbol para dar a su presa la ilusión de que escapaba.

Jez no prestó atención a lo que hacía Morgead. ¿Por qué tendría que importarle?

Inició la marcha en la dirección que había tomado el líder de los cabezas rapadas. Pero no siguió exactamente el mismo camino que él, sino que avanzó por entre los árboles, saltando de una secuoya a otra. Aquellos gigantescos árboles eran los mejores; eran los que tenían las ramas más gruesas, aunque las protuberancias con aspecto de verrugas llamadas nudos que tenían las secuoyas costeras también eran buenos puntos de aterrizaje. Jez saltaba, se sujetaba y volvía a saltar, efectuando de vez en cuando acrobáticas volteretas al coger una rama sólo por diversión.

Adoraba el bosque Muir. Incluso a pesar de que todo lo que la rodeaba era letal... o tal vez precisamente por eso. Le gustaba correr riesgos. Y el lugar era hermoso: el silencio catedralicio, el verdor musgoso, el olor a resina.

La semana anterior habían dado caza a siete miembros de una banda por el parque del Golden Gate. Había sido agradable, pero no íntimo realmente, y no pudieron dejar que los humanos se defendiesen demasiado; el sonido de disparos en el parque atraería la atención. El bosque Muir había sido idea de Jez; se trataba de secuestrar a los miembros de la banda y llevarlos allí, donde nadie los molestaría. Les darían armas. Sería una cacería de verdad, con auténtico peligro.

Se acuclilló sobre una rama para recuperar el resuello. sencillamente no existía suficiente peligro auténtico en el mundo, se dijo. No como en los viejos tiempos, cuando todavía había cazadores de vampiros en el Área de la Bahía. A sus padres los habían matado ellos. Pero ahora todos habían sido eliminados, no había ya nada que fuese realmente pavoroso...

Se quedó inmóvil. Sonó un crujido casi inaudible en la pinaza situada por delante de ella, y se puso en movimiento al instante, otra vez, saltando con intrepidez de la rama al espacio y aterrizando a continuación sobre la mullida alfombra de pinaza con las rodillas dobladas. Se volvió y se quedó cara a cara con el cabeza rapada.

—Hola —dijo.